

escribió lo siguiente: «En nuestra habitacion nos entregábamos á diversiones de niños. Conmigo aprendió el ajedrez; al cabo de pocos días, á pesar de mis pretensiones, era mas hábil que yo; raras veces pude ganarle ni una sola partida. ¡Cuántas disputas tuvimos acerca de este motivo y cuántas veces fué arrojado por el balcon el tablero! Yo sabia el francés y me pidió que le diese lecciones; luego podia ya enseñarme á mí. En esta época escribia el latin mejor que el español.»

Siendo bachiller y despues licenciado en teología, dejó la universidad al fin del año escolar de 1833. En el mes de noviembre de este mismo año y antes de ser eclesiástico, sostuvo un concurso público en su ciudad natal, para obtener la prevenda de canónigo magistral. Hemos dicho ya que estas dignidades en España eran el premio del saber y de la elocuencia, asi como de la piedad y de la virtud. El jóven BALMES admiró á su auditorio. La canongía fué adjudicada á su competidor D. Santiago Soler, de edad mas avanzada que la suya y digno de ser mas tarde uno de sus mas íntimos amigos; con todo, la reputacion del jóven licenciado no por eso apareció menos brillante. Muy luego fué llamado á recibir la dignidad de eclesiástico, para lo cual se preparó con cien dias de retiro. Asi lo habia querido el venerable obispo de Vich, su protector. Despues de la ordenacion le preguntó el prelado: «¿Y tú qué

quieres?—Excmo. Sr., un curato, respondió BALMES.—Vete á la universidad y estudia.»

VI.

De vuelta á Cervera, dá conferencias y desempeña el cargo de catedrático suplente, con cuyo carácter consagra dos años á su propia instruccion: pero entonces ya no es un simple escolar, sino que su talento ha traspasado los límites de la escuela y penetra en regiones mas agitadas.

Durante estos dos años, la España dió sus primeros pasos en el camino de la revolucion. A favor del cambio de la sucesion real, se introdujo hasta en el palacio de los monarcas, el génio de las reformas políticas. El pais entero, individuos, familias, instituciones, todo era llamado á tomar partido en las discusiones civiles. Las universidades, cuerpos eclesiásticos impregnados del espíritu que dominaba en el seno de la iglesia española, guardaron en medio de estas circunstancias una actitud de imparcialidad bien notable. Los acontecimientos lo han probado ahora; la iglesia española considerada en general, ha mostrado desde hace veinte años, una sabiduría y una moderacion dignas de su antiguo renombre. JAIME BALMES en sus opiniones, en sus escritos y en su

conducta, ha presentado tanto como cualquiera otro esta inteligencia superior que debia mantener la iglesia sobre las agitaciones criminales ó estériles de la política.

Con todo eso, llamado mas tarde á pronunciar su fallo acerca de la naturaleza, las faltas, las buenas ó malas tendencias de la revolucion, natural es que haya estudiado esta misma revolucion hasta en sus primeros síntomas. Desde su juventud, BALMES, tuvo en su carácter un fondo de prudencia y de circunspeccion tal que, sus mismos amigos, durante todo el curso de la vida de aquel, apenas han podido conocer cuál era su pensamiento relativamente á los acontecimientos políticos de otra manera que por los escritos que ha publicado. Esta reserva que es un rasgo distintivo del pueblo español fué llevada en él á un grado extraordinario: no obstante sabemos que le causó admiracion y alegría la introduccion del régimen constitucional. Tenia entonces veinticinco años. El señor Martinez de la Rosa acababa de promulgar *el Estatuto Real*: el génio político de este escritor se le representaba como en una aureola (1). La esperiencia ha modificado sin duda este primer juicio; no es, sin embargo, indigno en esta época del hombre que debia dar mas adelante lec-

(1) Hé aqui las propias palabras de su biógrafo: «hasta la publicacion de *el Estatuto Real*, no hablamos nada de política. Le ví entonces defender varias veces al *Estatuto*. Tenia á Martinez de la Rosa admiracion y respeto.» (D. Javier Moner, *Noticia histórico-literaria del doctor D. J. Balmes*, por D. B. de Córdoba, pág. 26).

ciones tan altas al mismo señor Martinez de la Rosa. *El Estatuto* al parecer no era enteramente una obra revolucionaria: no lo era sino por su espíritu oculto y, sobre todo, por las circunstancias en medio de las que apareció. Es todavia difícil hoy decidir, si defendida y aplicada con mas energía esta primera carta otorgada por la corona, hubiera ó no ocurrido á los peligros de la revolucion: en todos casos el Estatuto estaba hecho para seducir á espíritus jóvenes como á los inclinados hácia una libertad grave: tal es acerca de este particular la justificacion del escolar de Cervera, si es que tiene necesidad de ser justificado. Nosotros pedimos que sus opiniones políticas no sean juzgadas antes de que se haya acabado de leer nuestro trabajo.

Una cuestion interesante es, saber hasta qué punto JAIME BALMES pudo hallarse dispuesto por sus tradiciones domésticas, á sufrir la influencia de las ideas liberales. Un rumor, que no tiene fundamento visible á nuestros ojos, colocaba á su familia en la fraccion liberal del pueblo de Vich. Con motivo de su concurso á la canongía, algunos amigos, apasionados por él hasta la injusticia, atribuyeron su mal éxito al dictado de liberalismo que se atribuia á su parentela. El mismo ha tenido cuidado de refutar esta acusacion injuriosa para el capítulo de la catedral de Vich, juez del concurso. Pero á pesar de estas denegaciones, queda del rumor popular no se qué recuerdo que nos ha parecido necesario

mencionar aqui. Como quiera que sea, el liberalismo de la familia de BALMES acompañado de costumbres severas y de una piedad fuerte y sincera, no tendrá á los ojos de nuestros lectores el carácter que podia asignarle el realismo algo desenfrenado de las montañas de Cataluña.

«Ni una sola palabra de la boca de JAIME BALMES, escribe su compatriota D. Antonio Soler, ha dado el derecho de decir, y todavia menos de probar, que haya sido mas ó menos liberal ó blanco ó negro, segun las desgraciadas denominaciones de este tiempo. No era hombre que se dejase penetrar su pensamiento. Esceptuando sus escritos públicos inspirados por la convicción mas fuerte y mas profunda, es lo cierto que la opinion íntima del doctor BALMES no ha podido ser adivinada ni aun de una manera aproximada, pues tan grande era su reserva.»

Tambien él mismo ha procurado decirnos cuál era la regla de neutralidad estricta que se imponia en esta época. En el mes de febrero de 1835 concurre con numerosos rivales á un diploma de honor y gratuito, concedido cada año por la Universidad al mas sobresaliente de sus estudiantes. El le obtuvo y su título de doctor fué de consiguiente el premio de su última victoria escolástica. Segun el uso, el agraciado debia pronunciar en esta solemnidad el elogio del monarca reinante. La reina Cristina era entonces la regente del reino. La guerra

civil próxima á estallar en las montañas de Cataluña hacia muy delicado el deber del jóven doctor. «Yo no dije una palabra de política, nos refiere él mismo; me limité á celebrar la apertura de las universidades; y á favor de no sé qué medida ministerial referente á la enseñanza de las matemáticas, concluí mi discurso sin herir á cristinos ni á carlistas; no habia hablado mas de unos que de otros.»

VII.

BALMES habia agotado los recursos que la universidad de Cervera podia proporcionarle para su instruccion; por cuyo motivo se retiró á su ciudad natal, en la que pasó cuatro años enteros en el estudio y la oscuridad. Este retiro necesario para acabar de madurar su carácter y su espíritu le pareció luego penoso. Algunas cartas escritas por él poco tiempo despues de su vuelta de Cervera, demuestran cierta impaciencia que sus amigos tuvieron la habilidad de calmar.

En una de aquellas dirigida á su amigo D. Antonio Ristol, le manifiesta el deseo de marchar á Barcelona. «Aqui no hay ocupacion, y apenas algunas lecciones mal pagadas. Esperaba el fin de la guerra civil, pero la guerra no concluye: estoy como un pájaro en una jaula; me devoro á mí mismo con pe-

»ligro de mi salud. Mas ¿qué haré yo en Barcelona? Acaso podría encargarme de la educacion de algún niño» Ristol le respondió: «no apruebo de ninguna manera tu proyecto. A tu edad, en tu posicion, es natural que desees mejorar de suerte: »ten paciencia; tu debes ser profesor en la universidad ó publicista.» Esta respuesta firme, auxiliada sin duda de la resignacion cristiana, calmó (1) la imagnacion de BALMES. «Mi querido Ristol, tu has »adivinado perfectamente la intencion de mi carta »y deseaba mejorar de suerte, pero sin rebajar la »dignidad de mi carácter y sin sacrificar las inclinaciones de una alma celosa ante todo, de conservar una noble posicion.»

La exaltacion juvenil que se nota en estas cartas, corregida pronto por la esperiencia y por las reflexiones cristianas, no se reprodujo mas en el lenguaje de BALMES. Habiéndose fundado en 1837, una cátedra de matemáticas en la ciudad de Vich, pretendió desempeñarla. Poco versado hasta entonces en las ciencias exactas, fué no obstante referido á sus competidores. Su talento de una flexibilidad y de una aplicacion maravillosa adelantaba en cualquier género de conocimientos; por otra parte, las ciencias positivas tenian para él un particular atractivo.

Inferiores por su naturaleza y por sus dificultades á las ciencias morales, los estudios matemáticos

(1) Tienen la fecha de 1836.

servian al ánimo de BALMES de diversion y de reposo. Penetró hasta el fondo de estos estudios; y en estas regiones poco frecuentadas, su inteligencia gozaba de una especie de placer sensible que le hacia descansar en las contemplaciones mas vagas y para él mas laboriosas del orden moral ó metafísico. Se ha notado que un gran número de filósofos ilustres han experimentado este placer por las matemáticas; ora por causas de las relaciones superiores de este orden de conocimientos en el campo de la idealidad, ora porque las operaciones propias de esta ciencia atraen naturalmente á los espíritus dotados de paciencia, de firmeza y precision, cualidades que jamás faltan á los entendimientos de primer orden.

Antes de dejar á Cervera, BALMES habia estudiado la ciencia del derecho. Domat, Vinnius y las ricas colecciones de la legislacion española, le eran familiares. En sus ratos de ocio en Vich, se dedicó sucesivamente á otros muchos ramos de conocimientos; tambien cultivó la poesia y compuso odas, no faltas de grandeza poética, si bien carecen tal vez de aquella *mens divinior*, atributo raro ó indefinible que dificilmente se concilia en un mismo entendimiento con un génio filosófico.

Asi se ejercitaba la inteligencia del futuro publicista, mientras que la guerra civil realizaba al rededor de él las espiaciones y la renovacion sangrienta de su patria. Al paso que consagraba á los

estudios generales la mayor parte del tiempo, seguía con atención las fases de la revolución y de la guerra. En la Biblioteca pública de la Diócesis, con los mapas geográficos extendidos delante de la vista, con un compás en una mano y los periódicos en la otra, se daba cuenta del menor movimiento de los ejércitos. Al mismo tiempo que su filosofía preparaba las sentencias que ha pronunciado después sobre estos acontecimientos, cada escena particular del drama, cada detalle, cada dato, se pintaban vivamente en su ánimo. Un día (habían pasado ya algunos años) tuvo precisión de citar no sé que *parte* del general Espartero; su memoria le ofreció al instante no solamente el texto literal, sino también el mismo número del periódico en que estaba consignado el *parte*. Conversando con él su amigo Ristol en el año de 1836 le preguntó: «¿qué te parece de la guerra? ¿concluirá pronto?»—«Estamos todavía en la mitad del camino, respondió BALMES, é Isabel es quien ha de triunfar.»

De vez en cuando el ruido de las armas venía á retumbar en el retiro en que BALMES se reunía á los jóvenes estudiantes de Vich. De repente el toque de alarma ó la generala, interrumpía su lección. «Si era posible continuar, continuaba, nos dice él mismo. Sino, discípulos y profesor se levantaban y volvían tranquilamente á su casa.»

Los detalles mas interesantes sobre esta época

de la vida de BALMES, nos son transmitidos por uno de sus alumnos, D. Antonio Soler, en la actualidad abogado en la ciudad de Vich. «Su manera de enseñar nos tenía á todos encantados y él mismo no lo estaba menos. Nuestra atención en escucharle y en aprovecharnos de sus consejos, era su verdadera recompensa. Nos daba lecciones no solamente de matemáticas, sino también de lógica, de metafísica, de historia, en una palabra, nos enseñaba á estudiar y á hacernos hombres. Reciba pues, aquí, el testimonio de su gratitud y la de sus demás discípulos.

»BALMES no tenía un libro propio, pues todo parecía contrariar sus estudios; las circunstancias políticas, el lugar de su residencia y la posición de su familia. Pero las mismas dificultades parecían aumentar su aliento. Recuerdo haberle oído decir que todo hombre que pretende llegar á alguna cosa grande, debe proponerse un objeto y seguirle con perseverancia aun cuando esté alejado de él cincuenta años. Tal era la energía de su voluntad y tal fué el secreto de su maravilloso saber. A menudo le sucedía pasar muchas horas en meditación, solo y sin luz, sobre todo durante las noches de invierno. Lo mismo, decía, que la digestión de los alimentos corporales exige un cierto tiempo, así cada hora de lectura para que dé fruto, debe ser seguida de muchas horas de meditación y de discusión consigo mismo...

»Seis años seguidos he paseado con él casi todos los días y no recuerdo haberle visto detenerse una sola vez en los lugares frecuentados del público, ni junto á una de las fuentes que embellecen los alrededores de nuestra ciudad... Su piedad y sus creencias eran sólidas y emanaban de una convicción profunda. En esto como en todo, tenía gusto en no ser visto, observado, ni adivinado por nadie. Además de la celebración de la misa, su devoción le llevaba á retirarse á alguna iglesia aislada para visitar el Santo Sacramento ó á la Santa Virgen. Ignoro si añadía á esto alguna devoción secreta, aunque no se puede dudar, pues que una alma elevada no se sostiene sin el alimento de la meditación: y á la verdad que este era continuo en él y acompañado de alguna preocupación científica.»

La piedad de JAIME BALMES se halla aquí descrita con una grande exactitud, piedad que oculta é íntima se realizaba en actos positivos y precisos. La influencia de las lecciones de su madre dejó una señal indeleble sobre toda su vida. Nada hacia doblegar su fidelidad á las prácticas recomendadas por la iglesia. Siendo todavía estudiante en Cervera se le ve hacer algunos ahorros para decir misas en la Iglesia de la *Piedad*. Tiene un afecto particular á su patrono San Luciano como el mártir que se venera en su ciudad natal. ¿Puede dudarse que Santo Tomás de Aquino, el ángel de la escuela, este pro-

ceptor elegido por la solicitud de su madre sea al mismo tiempo estudiado por él tan asidua y apasionadamente sin que le invocase? El libro de *Imitación de Jesucristo* estaba sin cesar entre las manos de BALMES: leía también con el amor del cristiano, del patriota y del hombre de estudio, los escritores ascéticos de España. Vosotros sabeis, decía un día á dos amigos, que tienen hondas raíces en mí las doctrinas y los sentimientos ortodoxos. Pues bien, nunca me sucede hacer uso de un libro prohibido sin que deje de sentir la necesidad de empaparme en la lectura de la Biblia, de la *Imitación* ó de Luis de Granada. ¿Qué sucederá á esta juventud insensata que se atreve á leer todo sin preservativo y sin experiencia? Esta sola idea me llena de terror. Por eso ¡cuántos desastres no tienen que deplorar las costumbres públicas!»

Al principio del año 1839, un periódico titulado el *Católico* puso á concurso una memoria sobre el *celibato eclesiástico*. BALMES de todo punto desconocido se opuso al premio y le obtuvo, y vió impresa su obra en el periódico, que era la recompensa prometida. Por el mismo tiempo cerró los ojos á Teresa Urpia su madre. Esta mujer que durante la infancia de su hijo, jamás había abierto los labios para alabarle, manifestó una vez antes de morir su alegría y su orgullo maternales. «Hijo mío, le dijo ella, el mundo hablará mucho de tí.» Poco tiempo despues espiró. Su obra estaba completa.